

de 1318 es de un arte verdaderamente exquisito. Pero hé aquí otra sorpresa. ¿Será cierto? Aquí dicen que Melchior Pfintzing, preboste de San Selbad, escribió el Theurdank.

Quien me hubiera visto en este momento, me habria creído trasformado en estatua. Los ciento diez y ocho grabados del poema Pfintzing pasaban como las escenas de un drama de aquellos vidrios de colores, y veia desenvolverse así la bella *Historia de las aventuras y hechos peligrosos del famoso héroe y caballero Theurdank* (1).



El rio Pegnitz y el puente Real.—De fotografía.

gloriosos hechos. Después de esto, muere el rey en su jardín.

La bella Ereureich, como hija obediente, envía

(1) En Alemania se designa este poema solamente por el nombre de *Theurdank*. Su título íntegro es el siguiente: «Historia de los altos hechos de armas, y de algunas aventuras y empresas peligrosas del famoso héroe y caballero Theurdank.»

El volumen es un infolio, y el texto está compuesto con caracteres móviles, grabados ó fundidos expresos, y figurando una bella escritura alemana. Esta clase de carácter es conocida en las imprentas de la otra parte del Rhin con el nombre mismo del poema.

Los grabados en madera, y en número de 418 fueron ejecutados por Hans Schanfelein y sus discípulos, ó según sus dibujos, por Fest von Negker, etc.

La epístola dedicatoria de la primera edición lleva la fecha de 1.º de marzo de 1517.

Juan Franco tradujo este poema en prosa francesa con el título, «*Les dangers, remonbres et empartie les aventures du digne très-réunome et valeureux chier merciant (cari gratias).*» Pero la palabra *Theurdank* en la intención del autor significa

¿Quién es aquel anciano coronado? Es el rey *Romreich* (rico en gloria). Su fin se acerca. Los nobles de su corte vienen al pie de su trono y le dicen: Señor, no tienes hijos: da á tu hija, á la bella Ereureich (rica en honor) un esposo joven y valiente, que después de tu muerte sea su apoyo y proteja el reino contra sus enemigos.

El rey, siguiendo tan prudentes consejos, elige al único príncipe digno de llevar la corona, al caballero Theurdank (de los nobles pensamientos) que en aquel tiempo llenaba el universo con la fama de sus

su mensaje al elegido; pero ya se verá mas lejos cómo no tenia tanta prisa como parece desde luego.

El caballero, que no es menos sumiso, ruega á su padre le dé su consentimiento y consejos, y después parte á caballo con su fiel compañero *Ernhold* (heraldo de fama, testigo ó guarda de honor).

Nada es mas interesante que ver á estos dos jóvenes cabalgar juntos al través de los valles, montes,

«quien tiene altos pensamientos, el espíritu llevado á cosas difíciles y á las grandes acciones.»

Melchior Pfintzing, oriundo de una de las mas nobles familias nurembergas, una de cuyas ramas era igualmente ilustre en Sileria, nació en 1481, su padre fue senador y edil. El emperador Maximiliano le confió misiones importantes. De 1512 á 1531 fué preboste de San Sebald, pero sin cesar durante este periodo de asistir á Maximiliano como consejero, y de servirlo en varias negociaciones. Murió en Maguncia en 1535.

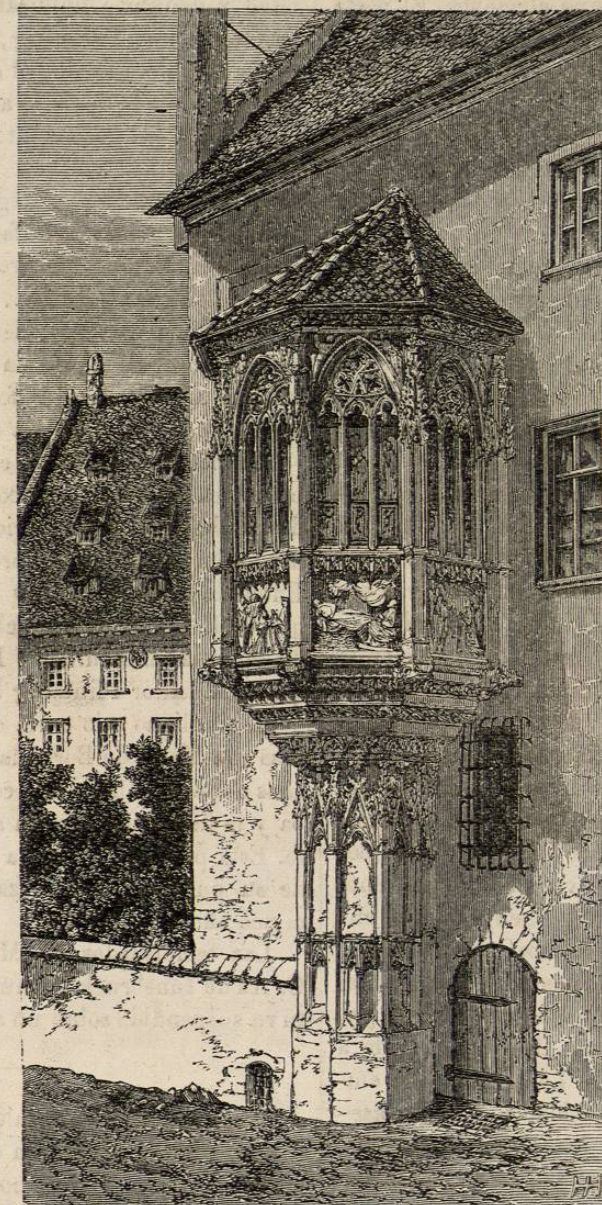
Los ejemplares del poema que poseen la biblioteca de la calle Richilieu, y la de Besançon se hallan en muy buen estado de conservación.

rios y ciudades del Norte. En la edad en que todo hombre es poeta, he pasado yo muchas horas siguiéndolos.

Theurdank armado de pies á cabeza, es altivo,

confiado, impetuoso; es Teseo, celoso de Hércules, en busca de peligros y gloria.

Ernhold no es un guerrero. No lleva casco y en lugar de lanza ó espada, maneja una varilla que ter-



El coro del presbiterio de San Sebald.—De fotografía.

mina en una flor. En medio de su pecho se ve dibujada una rueda montada sobre una especie de trípode, (Esta trípode afea el símbolo, por cuya razón lo hubo de suprimir un artista italiano.) Ernhold está pensativo, mudo: á caballo ó á pie, siempre está allí, al lado de Theurdank, mirándolo fijamente. Theurdank, parece no apercibirse de su presencia sino raras veces.

Ernhold produce el efecto del fantasma de la soledad en la *Noche de agosto*.

Qui donc es-tu, toi que dans cette vie
Je vois toujours par mon chemin?
Je ne puis croire, à ta mélancolie,
Que tu sois mon mauvais destin!
Ton doux sourire á trop de patience,
Tes larmes ont trop de pitié.

Ta douleur même est sour de ma souffrance
Elle ressemble à l'amitié (1).

El camino que siguen los dos jóvenes es largo y sembrado de peligros y extraordinarias aventuras. Los acontecimientos son, sino perfectamente conformes á la historia, al menos posibles, y no son de Atenas ni del reino de Utopia, sino alemanes. El poeta no se ha dignado tomar nada de las edades heroicas y es sencillo historiador de un héroe de su generacion y de su pais.

En la corte de Erenrich, algunos señores ambiciosos se han irritado al saber que van á tener por rey un príncipe extranjero, y han jurado la muerte de Theuerdank.

Tres capitanes salen al encuentro del caballero. El primero se llama *Turwittig* (temerario), el segundo *Unfalo* (enojado), el tercero *Neidelhard* (envidioso).

Turwittig escita pérfidamente las inclinaciones de Theuerdank á las empresas arriesgadas, y lo arrastra á cazas imprudentes por el borde de los torrentes y por las montañas escarpadas contra el leon, el jabalí y el ciervo, procurando hacerle perecer menos gloriosamente bajo la nieve ó en un molino. Theuerdank adivina al fin sus malas intenciones y le da un golpe en el ojo con el puño enguantado. *Turwittig* se esquiva y una sonrisa asoma á los labios de Erhold.

Unfalo viene á su vez; se insinúa tambien en la amistad de Theuerdank y lo empeña en nuevos peligros. Escita su amor propio y le hace saltar de una roca á otra por encima de un abismo: lo conduce bajo una avalancha, bajo los saltos de una piedra; lo espone á los rayos del cielo, á los vientos impetuosos, á torneos donde no se combate noblemente, y por último á una explosion de pólvora en un aposento amueblado como en el siglo XVI. Theuerdank se enfada y envia á *Unfalo* á los profundos infiernos.

Neidelhard trae un empeño mas difícil viniendo el último. Las mejores estratagemas se han agotado ya, y por tanto toma el partido mas directo, dejando á un lado la lisonja y la astucia. Le prepara una emboscada y lo atacan primero soldados y luego asesinos. Cansado ya de guerra, le envenena los platos. Theuerdank encuentra esta última hazaña completamente desleal y ahuyenta á su enemigo.

Después de tantas aventuras, se alegra uno de ver llegar al héroe sano y salvo ante la joven princesa, magníficamente vestida, quien lo acoge graciosamente, pero no se apresura mucho, con gusto del lector, á tomarlo por esposo. Cediendo á los consejos, cuya perfidia no alcanza, ordena un torneo en que

(1) ¿Quién eres tú, á quien siempre encuentro en mi camino? A juzgar por tu melancolía, no puedo creer que seas mi mal destino. Tu dulce sonrisa revela mucha resignacion, y tus lágrimas mucha piedad. Tu mismo dolor es hermano de mi sufrimiento: se parece á la amistad.

los conspiradores esperan hacer morir esta vez al caballero.

Theuerdank es vencedor seis meses y su bella prometida ciñe á su frente una corona de laurel.

Entonces Erhold, simple testigo hasta entonces de los altos hechos del héroe, sale de su impassibilidad y denuncia públicamente los crímenes de los tres capitanes, *Turwittig*, *Unfalo* y *Neidelhard*. El primero es decapitado, el segundo ahorcado y el tercero precipitado desde lo alto de una torre á un rio. (Yo saltaba ordinariamente por encima de estos grabados).

El lector cree haber llegado ya á la penúltima escena, juzgando que solo falta ya celebrar las bodas; pero no es así, pues Erenreich ha resuelto enviar á su pretendiente á combatir... ¿á quién? A los turcos.

La última estampa, semejante á una apoteosis, representa al caballero en medio de un bosque con los pies sobre una rueda formada de catorce espadas cruzadas. Erhold lo está mirando.

Muchos años después encontré en nuestra gran biblioteca de París, que con tanta frecuencia cambia de nombre, un comentario de este maravilloso poema, compuesto en el presbiterio de San Sebald. Entonces supe que el rey Romreich era Carlos, duque de Borgoña; Erenreich María, su hija única; y Theuerdank Maximiliano I, duque de Austria, de quien Melchior Pfintzing habia sido consejero.

Maximiliano solo tenia diez y ocho años cuando se casó con María de Borgoña y es cierto que hubo muchos obstáculos para este casamiento. María lo amaba y le habia enviado un anillo como prenda de su fe. Esta princesa era bella y amable y murió víctima de su pureza y delicadeza estre mas á los veinte y cinco años.

Las temeridades de Maximiliano son históricas. Cerca de Innsbruck se muestra aun la roca donde estuvo suspendido sobre un abismo un dia entero.

La iglesia de San Sebald es negra y de unas proporciones que nada tienen de importantes. Su estilo, mezcla de gótico y romano, es indeciso. Las dos torres, terminadas á fines del siglo XV, no se levantan lo suficiente para hacer nacer la idea de «flamas ó dedos que señalan al cielo.» Yo, por mí, me siento indiferente y frio. Vuelvo á ver esteriormente el crucifijo colosal de bronce, fundido en 1482 por los hermanos Stark. En el muro del presbiterio se abre una especie de gruta bastante profunda, donde se representa la escena de la Pasion en pleno relieve. Una lámpara de piedra artísticamente labrada, bañaba en otro tiempo, durante la noche con su temblorosa luz todas estas rudas imágenes parduscas, vigorosamente esculpidas por Adam Krafft en 1494. Cerca

del cuerpo de guardia y sus cañones un bajo-relieve del mismo artista figura un juicio final.

Al Norte la puerta de las *Desposadas*, obra de fines del siglo XV, me entretiene algunos momentos. De su ojiva cae en festones una especie de rico encaje de piedra. En su lado está la imagen de la Virgen en otro la de San Sebald que tiene en la mano un modelo de la iglesia. Por detrás están colgadas las cinco vírgenes prudentes, á la derecha y á la izquierda las cinco insensatas. Los rostros de estas diez vírgenes no carecen de belleza; pero es menester no mirarlas de cerca, pues se asemejan completamente y el tipo diez veces repetido, es pesado. En las ropas tampoco hay mucha verdad. Mejor es de tenerse á respetuosa distancia y recordar mentalmente la parábola que aquí se representa para sacar algun provecho.

La puerta opuesta á la *Brantthur* está habierta y entro. La familia del guardian está reunida mujeres y niños, todos me parece que están descansando de sus quehaceres ordinarios.

Me adelanto hasta la mitad de la nave. Nada se parece menos á un templo protestante que lo que veo en el interior. El fondo de oro de los *tripticos* abiertos irradia por todas parte; los altares están llenos de crucifijos, de candelabros de plata, de bordados y de flores; los vidrios cubren los arcos y los pilares de largas cintas diáfanas, rojas, amarillas, azules. Por cualquier parte que se mire se encuentran bajo-relieves, pinturas, ornamentos que recrean la vista y el espíritu. Este santuario de un culto inconoclasta, es un verdadero museo. Todo católico está obligado á rendir homenaje á éste respecto de los protestantes á las santas imágenes. Entre tantas obras, atribuidas algunas de ellas á maestros, yo no puedo vacilar sintiéndome desde luego atraído invenciblemente por la maravilla del arte nurembergo; el sepulcro de San Sebald compuesto, modelado, cincelado, fundido en bronce por Pedro Vischer y sus cinco hijos desde 1506 hasta 1519.

Preciso es que la hora en que los viajeros acostumbran visitar las iglesias, no haya sonado todavía: el guardian no me ve ni me oye, ocupado como está en limpiar el sepulcro. Y á la verdad, no tiene gran respeto al santo, segun golpea el sepulcro y montándose en él, á pesar de tener 5 metros de alto. ¡Los manes de Vischer lo perdonen, que bien hay por qué!

La caja revestida de oro y plata que encierra las reliquias de San Sebald, está abrigado bajo un elegante aunque pequeño edificio gótico. El zócalo está decorado de bajo-relieves que representan milagros del santo. La composicion es algo compleja sobre todo por la multitud y diversidad de sus figuras mitológicas

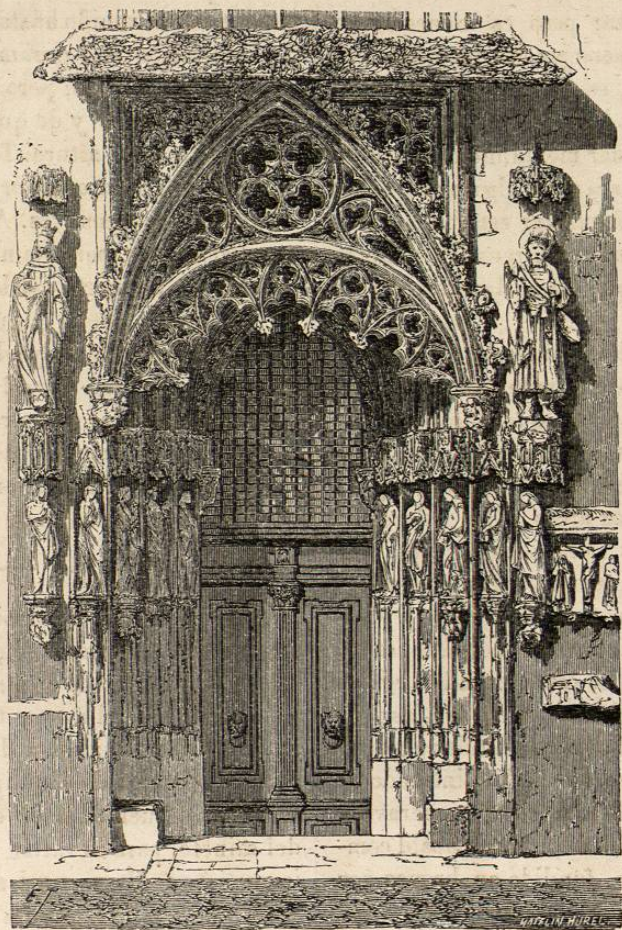
ó cristianas, apóstoles, padres de la Iglesia, ángeles, amores, sirenas, Hércules; sin contar los leones, delfines ó insectos: es todo un mundo. Esta confusion embaraza al principio; pero poco á poco el orden se va restablecido, obra un encanto secreto, el delicado arte de los detalles interesa, y se experimenta un gran placer en estudiar una á una las figuras de los apóstoles que decoran las columnitas, aunque son muy grandes relativamente. Estas figuras hacen pensar en Ghiberti y en Donatello: el gusto florentino ha venido hasta aquí pasando por Venecia. La inspiracion mas puramente alemana, se revela en estas bellas estatuas; pero tiene uno el sentimiento de que pese un poco y de que no se eleve ni tan libremente ni á tanta altura. Todo no es del mismo valor: el gusto del buen escultor nurembergo y de sus hijos ha tenido sus desmayos. Allí no se está en una contemplacion tan perfectamente igual y serena como delante de la puerta del bautisterio de Santa María de las Flores. Pero ¿á qué recordar esto? Mejor es apartar comparaciones y admirar con reconocimiento. El sepulcro de San Sebald es digno de su celebridad. Pedro Vischer que se ha representado á sí mismo en un extremo del monumento en traje de simple operario, es un artista de primer orden y Nuremberg puede estar muy orgullosa de contarlo entre sus hijos.

A ser prudente, no debia yo ver otra obra de arte en este dia. Gracias á Vicher, me encuentro en la mejor disposicion de espíritu ¿Qué cosa mejor haria que sostenerme el mayor tiempo posible en esta esfera de satisfaccion ideal y dulce paz? A los veinte años cuando acababa de oír Cinna, Nicomedes, ó el Cid, tenia muy buen cuidado de salirme del teatro antes del sainete, para llevarme íntegras aquellas grandes impresiones. Huía y me encerraba en mi aposento, y allí afectado, palpitante aun, me creia feliz no teniendo ya nada que temer del mundo en el silencio de la soledad y de la noche.

No he huido del sainete. Pero ¿qué hacer en medio del dia y en una ciudad donde á cada paso como en la de los Médicis, se encuentran obras de arte de los siglos XV ó XVI? En aquel tiempo no se pagaban de la simetría, de la monotonía desnuda é insignificante de los alineamientos; no se comprendia el encanto de las grandes superficies planas, uniformes mudas; al contrario, se tenia cierta afición á la diversidad, á los contrastes, á las líneas interrumpidas, á las salientes, á la libre expansion del gusto y del carácter individual. Los artistas, alentados, solicitados por el sentimiento público desplegaban una actividad extraordinaria. Habia simples mercaderes, que hacian decorar el este-

rior de sus casas con estatuas y bajo-relieves, cuyo asunto daban ellos mismos; y hoy en día nos contentamos nosotros con decorar los museos ó nuestros estudios. ¿A qué influencias puede atribuirse aquella tan maravillosa eflorescencia del gusto de las artes en Europa hasta en las profesiones mas vulgares y aun refractarias durante los siglos XV y XVI? El mercader, el artesano, el hombre del pueblo ¿eran mas ilustrados

que los de nuestros tiempos? ¿Eran acaso mas numerosas las escuelas y exposiciones artísticas? No; pero se agitaba en los espíritus alguna cosa que tenia necesidad del arte para revelarse exteriormente. La fuente de este sentimiento era fecunda y antigua: habia brotado bajo la poderosa conmocion del Gólgota, á la caída del coloso romano, á la irrupcion impetuosa de los bárbaros cuya mision era y fue transformar la vieja

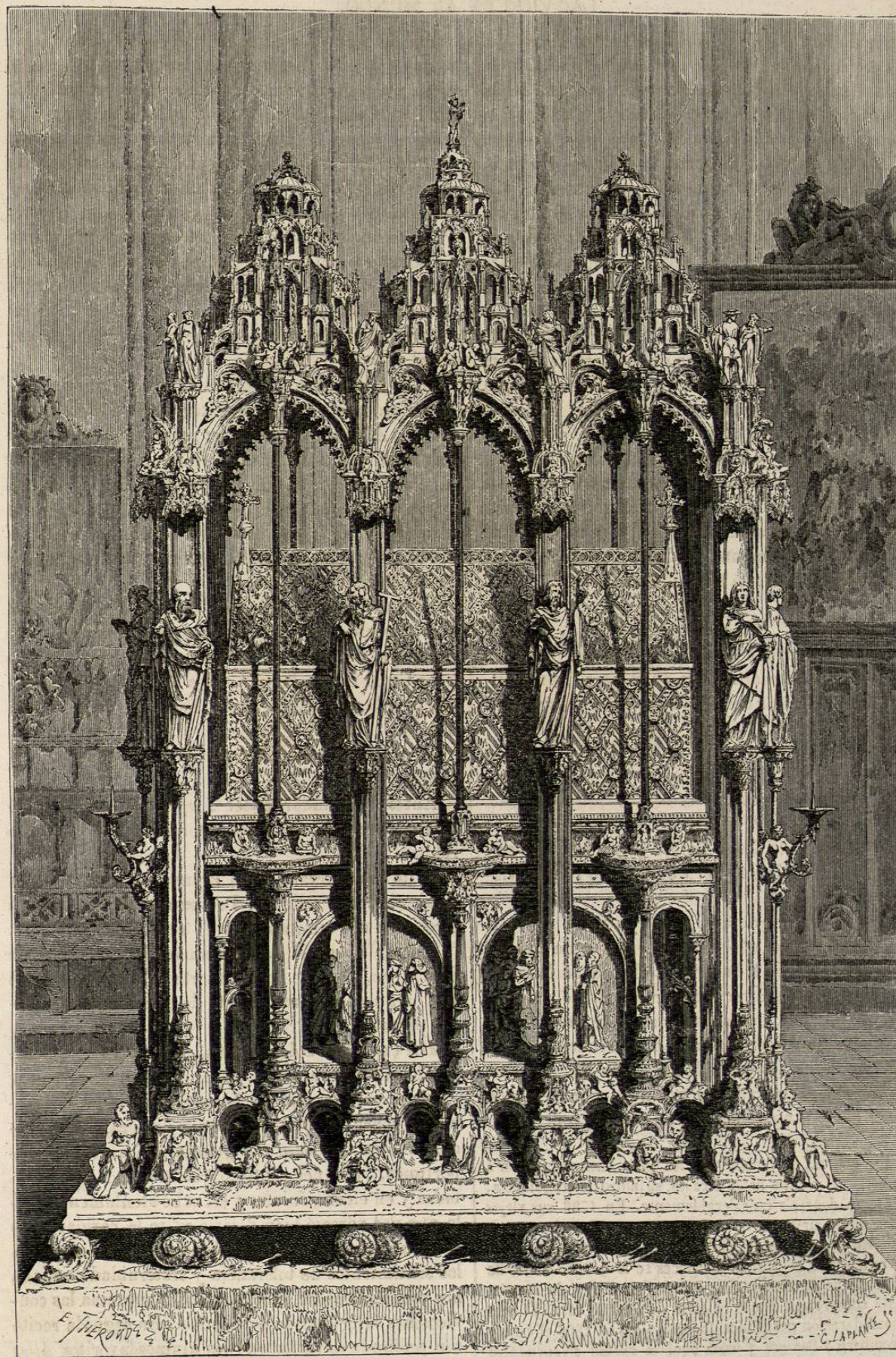


La puerta de las desposadas en la Iglesia de San Sebald siglo XV.—De fotografía.

Europa. Durante una larga serie de siglos, habia sido tumultuosa, y de abundancia desarreglada, sombría, tempestuosa como el destino de los pueblos; pero hacia el siglo XV, en la época en que acababan de disiparse los terrores de la edad media y comenzaban á renacer la seguridad y la confianza entre los hombres se le vió ya correr mas mesurada, mas contenida, mas trasparente y como penetrada de la pura y serena luz de un nuevo cielo. Las bellas y nobles inspiraciones de la sensibilidad artística, no han de buscarse en los momentos de crisis de las emociones violentas. ¿Quién de nosotros no será capaz de juzgar de esto por alguna de las grandes pruebas de su existencia? Búsqense despues, cuando el espíritu siente mez-

clarse á las agitaciones de sus recuerdos el soplo halagüeño de un aire mas libre y las dulces seducciones de la esperanza. Mas tarde esa misma fuente se empobrece y se enfria, hasta el dia necesario en que otra solemne conmocion venga á despertar á los hombres de su indiferencia y egoismo y á remover en las profundidades de su alma lo que hay en ellos de superior y divino.

Salgo de San Sebald sin querer detenerme ante la cuba de cobre donde fue bautizado Wenceslao ni ante las pinturas de Wohlgenuth, de Veit Hirschvogel, de Kulmbach, de Heideloff, de Veit Stoss, y otros. Quiero ver cielo y agua; vuelvo á ver el Pegnitz. Entro á la ventura en una calle, que parte del estre-



Sepulcro de San Sebald en Nuremberg.—De fotografía.